

El niño de Oaxaca

(La primera infancia de un Maestro de América)

Admirable y sobria página inédita de un libro de la joven y lúcida escritora hispanoamericana de vasta cultura, ANTONIETA RIVAS MERCADO, que aparecerá editado en Europa en 1931, con este título de polémica y de batalla:

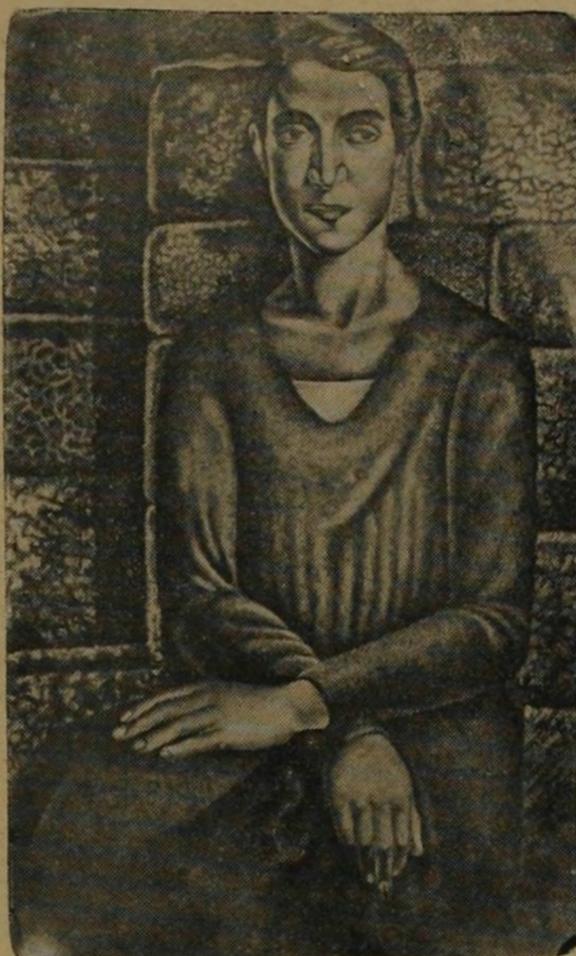
Democracia en bancarrota

(Nota de Carlos Dembrossis Martins, quien la envía).

1.—En el desierto mexicano, manto de aridez que se extiende al norte del país, a lo largo de una imaginaria línea fronteriza, se erguía por el año de 1887 una cadena de puestos avanzados. En ellos el hombre blanco a duras penas, escudando su vida con murallas y fusiles, amparaba los derechos adquiridos por la civilización. Eran las aduanas verdaderos fuertes con primitivas obras de defensa. Encerraban un pozo de agua, una media docena de casas grandes de adobe pardo y un hacimiento de chozas, los jacales. A su alero el espinoso mezquite daba su mansa sombra y su perfume penetrante. Y frente por frente con la desolada llanura el muro protector, horadado por una puerta; la pobre masa de cal y piedra se levantaba apenas del suelo como una defensa, como una amenaza, tal vez como una vaga provocación...

En uno de estos fortines, cuyo nombre ignoramos, vivió en su primera infancia un niño de Oaxaca, la tierra del zapoteca Juárez y del prócer Díaz. Abrigaba el caserío ochenta almas y asomábase sobre la ruta de las caravanas: jentos convoyes interminables que venían de la fabulosa California, perdida poco antes para México; oscuras recuas vigorosas procedentes del sur con lingotes de plata; pesadas y chirriantes diligencias ocupadas por viajeros osados; gente trashumante. Y el aduanero cobraba la alcabala. De pronto, el chasquido de un grito rasgaba el silencio áspero: «Vienen, ahí vienen!» Las mujeres despavoridas condenaban las puertas. Los hombres se aprestaban a la defensa. A lo lejos, muy lejos, entre polvo y maldiciones, surgían las plumas de los jinetes rojos, los rebeldes al blanco, que en rápido asalto solían caer sobre la presa descuidada, llevándose al cinto el trofeo de las cabelleras, en ancas a los huérfanos clamorosos para dejar tras de sí en piras ardientes lo que fueran habitaciones humanas.

Al grito de alarma la zozobra dilatada las voluntades, trocaba aguda la mirada hecha sangre, y cada disparo debería restar un enemigo. El peligro ahuyentado, la inquietud quedaba suspendida largo tiempo en el aire como impalpable aroma de muerte. Y al anochecer, en las veladas que atravesaba el aullido del coyote, al amor de la fogata, las viejas, con greñas de arrugas en el semblante, narraban en la incertidumbre de la media voz, la lucha incansable con el enemigo rojo, el simún del desierto. Los hombres rudos, atalayas vigilantes, con cuencas profundas y opacas, escuchaban... En tanto, las mujeres silenciosas cobijadas con



Antonietta Rivas Mercado

Pintura de Julio Castellanos

rebozos multicolores acariciaban las cabezas de los chiquillos, y éstos, los ojos brillantes, bebían a sorbos, sin comprender, el épico relato que a los mayores velara la realidad, y con gestos intuitivos, como para oír mejor, apartaban suavemente las manos protectoras...

Este marco austero: desierto, peligro, ancho cielo azul, encierra los prístinos recuerdos claros de un maestro de América. Su padre era aduanero en uno de esos fuertes de existencia precaria; el pequeño tendría tres o cuatro años, y su madre, concluidas las faenas domésticas, le enseñaba los principios de la ley de Dios. Suponemos que escogía los atardeceres para instruir al hijo, al primogénito y que en esas horas undívas el misterio de las palabras evangélicas cayó en el alma del niño. Fué allí dónde, por vez primera, oyó las bienaventuranzas extrañas que habían de trazar el hondo surco para el porvenir... Fué entonces, cuando la sed de justicia penetró en una vida llamada a abrasar. Sin saberlo, la criatura elegida tomaba el camino que ha hecho de él «un perseguido de Dios».

2.—El peligro constante avivaba el amor de la madre temerosa, y la hacía apresurar la enseñanza divina. Temía que la voluntad del Se-

Antonietta Rivas Mercado

Montreal, Canadá. XI-1930.

ñor encerrara para ella la muerte próxima a manos de los indios crueles y para el *chamaco*¹ una dura existencia solitaria. Era menester prepararlo y, tarde a tarde, así terminaba su lección: «Hijo, si un día llegare en que ya no me vieras y sucediese que hombres oscuros y mujeres de habla desconocida te llevaran a jugar con sus hijos, sobre todo, NO LLORES. Tu trajecito será entonces de cuero bordado con chaquiras menudas, adornado con flecos que se agitan al andar. Vivirás entre ellos, ¡ya no me verías! pero recuérdame y cumple mi deseo. No olvides lo que hoy te enseñé. Si la voluntad de la Providencia es que vengan por ti, quiero que una vez allá lejos repitas mis palabras. Di que Cristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre para abrirnos la senda del cielo, que vino a padecer aquí abajo para redimirnos y derramó su preciosa sangre para salvarnos a todos, a ellos, los indios, a nosotros, criaturas todas de un mismo Padre. Les dirás una y mil veces, hasta que te escuchen y crean en Él. Y después de que pasen los años y tus piecitos puedan llevarte solo por el mundo, coge la ruta del sur y anda! anda! Y cuando después de mucho vagar llegues a dónde el blanco habite, dile quién eres, dile el nombre de tus padres, dile el sitio en que viven tus abuelos, para que te lleven hasta su hogar, para que te devuelvan a los tuyos. Y ponte siempre en manos de Dios.»

3.—Esta anécdota inverosímil es auténtica. La madre del niño de Oaxaca, fué fuerte como las mujeres de la Escritura. Al temer dejar al hijo desamparado en la tierra árida de México, puso en sus manos el pan de vida, no sólo para que con él saciara el hambre de su orfandad, sino, hecho fecundo en consecuencias, rogando que lo compartiese con los indios asesinos. Y cuando se piensa que esos mismos indios a quienes deseaba que el niño llevara la Buena Nueva hubiesen sido los que le habrían dejado huérfano, sentimos tocar el infinito misterio de las almas que anidan en Dios.

4.—...Niño de Oaxaca, el que más tarde predicara con sus propias obras junto con el *No Matarás* del Decálogo, su apotegma que es anhelo del corazón y despertar de la conciencia: *Por mi raza hablará el Espíritu*.

¿No escribió Gabriela Mistral, que él representaba «una parte de la conciencia del mundo»? ¿Y no dijo Romain Rolland en plática con la insigne escritora: «Es lo más grande que tiene América y yo querría escribir su vida entre la de mis hombres ilustres.»

... Niño de Oaxaca, apenas una leve cosa ayer en brazos de la madre fuerte, fuerte como las mujeres de la Escritura; Hombre del Continente hoy de que hablan veinte naciones, cuyo solo nombre es todo un símbolo a fuerza de ser todo un ejemplo: JOSÉ VASCONCELOS.

¹ Niño, en México

aunque, tal vez, siguiendo en la práctica los postulados de la propia crítica. La inquietud especulativa embargaba, ante todo, su atención. Introducido en la polémica, hundido en la alta investigación, ofuscado por esa obra—orden—de corazón que es su *Anti-Goeze*, no tardaría en exclamar: «Es kömmt wenig da-

rauf an, wie wir schreiben, aber viel, wie wir denken»⁽¹⁾.

Lessing asegura que la esencia del hombre es la acción. El destino humano, para él, no

(1) «Poco importa como escribimos, pero mucho como pensamos», en *Anti-Goeze*; Zweiter.—*Lessing's Gesammelte Werke*.—Neunter Band.—Leipzig-1858; pág. 250.

es la especulación pura a que, justamente, él se dedicaba con fervor pero con un propósito que atañía a la crisis de su momento; no es tampoco la visión, la imagen estética, sino, ante todo y sobre todo, la praxis, la realidad. Y claro que, para el progreso del hombre «operante», era preciso—en toda la extensión posible—el desenvolvimiento intelectual.